

VER:

En el anterior retiro vimos que la Exhortación *Sacramentum Caritatis*, del Papa Benedicto XVI, publicada en 2007, nos ofrece una gran catequesis sobre la Eucaristía y la oración. En ella el Papa Benedicto XVI se propone recordarnos a los cristianos el insondable contenido del misterio de la Eucaristía. No en teoría, sino en lo hondo de nuestra fe, en la celebración y en la vida. También vimos que la Exhortación “*Sacramentum Caritatis*” está estructurada en tres partes:

- 1) La Eucaristía, misterio que se ha de **creer**.
- 2) La Eucaristía, misterio que se ha de **celebrar**.
- 3) La Eucaristía, misterio que se ha de **vivir**.

En la primera parte (*La Eucaristía, Misterio que se ha de creer*), el Papa comienza apoyando todo cuanto nos va a decir en las palabras que el cura pronuncia al terminar la consagración: “Éste es el Misterio de la fe”. Y es que, en efecto, la Eucaristía es el “misterio de la fe” por excelencia. Y dado que la primera realidad de la fe eucarística es el misterio mismo de Dios, el amor trinitario, comienza por relacionarla con la Santísima Trinidad.

En la segunda parte (*La Eucaristía, Misterio que se ha de celebrar*), el Papa, tras mencionar la relación entre “belleza y liturgia”, dedica seis grandes apartados a facetas tan importantes como “La celebración de la Eucaristía, obra del Cristo total”, “El arte de celebrar”, “La estructura de la celebración eucarística”, el verdadero sentido de una “participación activa” en esta celebración, “La celebración participada interiormente”, y por fin “La adoración y piedad eucarística”.

Y en la tercera parte (*La Eucaristía, Misterio que se ha de vivir*), indica el Papa que el misterio “creído” y “celebrado” contiene en sí un dinamismo que hace de él el principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana. En esta tercera y última parte, el Papa subdivide el mensaje en tres apartados: “La Eucaristía como forma de la vida cristiana”, “La Eucaristía, Misterio que se ha de anunciar”, y “La Eucaristía, Misterio que se ha de ofrecer al mundo”.

Desde aquellos primeros días de la Iglesia en los que, según narran los Hechos de los Apóstoles, todos los creyentes acudían a la “fracción del pan”, la Eucaristía ha venido siendo fuente de vida para la Iglesia. En plena sintonía con esta experiencia, el 17 de abril de 2003, Jueves Santo, en la Misa Vespertina de la Cena del Señor, el Papa Juan Pablo II presentó y firmó los primeros ejemplares de su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, “La Iglesia vive de la Eucaristía”, que nos va a servir de ayuda para nuestra oración. La Encíclica está dividida en seis capítulos:

- 1) La Eucaristía, Misterio de Fe.
- 2) La Eucaristía construye la Iglesia.
- 3) Apostolicidad de la Eucaristía y de la Iglesia.
- 4) Eucaristía y comunión eclesial.
- 5) Decoro en la celebración eucarística.
- 6) En la escuela de María, mujer eucarística.

Para la reflexión:

- ¿Conocía esta Encíclica de Juan Pablo II, la he leído? ¿Y otros documentos del Magisterio de la Iglesia? ¿Por qué?
- ¿Qué me sugiere el título “La Iglesia vive de la Eucaristía”? ¿Yo vivo de la Eucaristía?

JUZGAR: LA EUCHARISTÍA, MISTERIO DE FE

Al situarnos en oración ante el Santísimo Sacramento, acabamos de hacer un solemne acto de fe en la presencia de Jesucristo entre nosotros. Cuando Jesús fue crucificado, en la Cruz estaba escondida su divinidad, pero se veía su humanidad. Aquí no vemos ni la una ni la otra.

Pero nos fiamos plenamente de la Palabra de Jesús. Si Él nos ha dicho que está presente en las especies de Pan y Vino, nosotros lo creemos. En este rato de oración vamos a dialogar con Él acerca de esta realidad, apoyándonos en las palabras del Papa Juan Pablo II en el primer capítulo de su encíclica *“La Iglesia vive de la Eucaristía”*.

11b y c: La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su pasado, pues todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos.

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y se realiza la obra de nuestra redención. Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don. Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega hasta el extremo (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.

15: La representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que, citando las palabras de Pablo VI, se llama “real” no por exclusión, como si las otras presencias no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro. Se recuerda así la doctrina siempre válida del Concilio de Trento: «Por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo Señor nuestro, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su Sangre. Esta conversión, propia y convenientemente, fue llamada transustanciación por la Santa Iglesia Católica». Verdaderamente la Eucaristía es *mysterium fidei*, misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe, como a menudo nos recuerdan las catequesis patrísticas sobre este divino Sacramento. “No veas –exhorta San Cirilo de Jerusalén– en el pan y en el vino meros y naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su Cuerpo y su Sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa”.

“Adoro Te devote, latens Deitas”, seguiremos cantando con el Doctor Angélico. Ante este misterio de amor, la razón humana experimenta toda su limitación. Se comprende cómo, a lo largo de los siglos, esta verdad haya obligado a la teología a hacer arduos esfuerzos para entenderla.

Son esfuerzos loables, tanto más útiles y penetrantes cuanto mejor consiguen conjugar el ejercicio crítico del pensamiento con la “fe vivida” de la Iglesia, percibida especialmente en el carisma de la verdad del Magisterio y en la comprensión interna de los misterios, a la que llegan sobre todo los santos. La línea fronteriza es la señalada por Pablo VI: «Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están realmente delante de nosotros».

El punto de partida y el punto esencial de toda la excelencia de la Eucaristía es que contiene a Cristo mismo en Persona de modo sustancial: “Esto es mi Cuerpo”, “Ésta es mi Sangre”. Es decir: “Éste soy YO en Persona”. La fe de la Iglesia siempre lo ha enseñado y creído así y siempre ha profesado que la Eucaristía no es un símbolo, ni una fotografía, ni una mera acción salvífica de Jesucristo, sino el mismo Jesucristo. Santo Tomás de Aquino lo condensó así: no contiene la gracia sino al autor mismo de la Gracia.

Cuando esta fe fue negada, la Iglesia lo elevó a categoría de dogma en el Concilio ecuménico de Trento. En fechas más recientes, el Papa Pablo VI lo volvió a proponer solemnemente en el Credo del Pueblo de Dios (1968). Y posteriormente el Papa Juan Pablo II lo recordó y propuso de nuevo: «¿Cómo no admirar la exposición doctrinal de los Decretos sobre la Santísima Eucaristía y sobre el Sacrosanto Sacrificio de la Misa promulgados por el Concilio de Trento? Aquellas páginas han guiado en los siglos sucesivos tanto la teología como la catequesis, y aún hoy son punto de referencia dogmática para la continua renovación y crecimiento del Pueblo de Dios en la fe y en el amor a la Eucaristía.» (EdE 9, cfr. 15b).

Ésta es la frontera que no se puede traspasar, si queremos ser católicos. La Eucaristía es un prodigo tan singular y único que nos permite tener acceso al mismo Resucitado y confesar que el Señor no es una figura histórica maravillosa que vivió unos años en nuestra tierra y dijo e hizo cosas maravillosas, sino que es una Persona actual y viva, con la que podemos relacionarnos y entrar en plena comunión personal.

La fe de la Iglesia ha creído también que en la Eucaristía el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y Sangre del Señor y que permanecen tan sólo sus apariencias sensibles, las “sagradas especies”. Gracias a las palabras de Jesucristo que dice el presbítero en la consagración, y al poder el Espíritu Santo (como ya vimos en el primer retiro), el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Eso explica que la fe católica exija no sólo creer que Cristo está en la Eucaristía, sino que no hay pan y vino.

Cuando esto fue negado en el siglo XVI, el Concilio de Trento lo definió expresamente como dogma de fe. En nuestros días, de nuevo el Papa Pablo VI volvió a repetirlo en la Profesión de Fe del Pueblo, para decir con Santo Tomás de Aquino: “Se engaña la vista, el tacto, el gusto; pero nos fiamos de tu Palabra, que es la más verdadera de todas las palabras que puedan pronunciarse, (del Himno “Adoro Te, devote”).

San Ambrosio, entre otros doctores de la Iglesia, nos invita a creer, fiados del poder de Dios: “el que cambió el agua en vino y dio de comer a cinco mil hombres con cinco panes, es el que realiza este maravilloso prodigo.”

Pero parece que Cristo ha querido derrochar gracia y amor en este Sacramento, porque no sólo quiso estar presente mientras celebramos la Eucaristía, sino mientras duran las sagradas especies. En todas las iglesias católicas existe una capilla del Santísimo y en ella un Sagrario, donde se conservan las formas consagradas en la Misa, para ser dadas en Comunión a enfermos y a los moribundos (Viático), y ser adoradas por los fieles, de modo sencillo (con la adoración privada e individual ante el Sagrario), de modo solemne (Exposición del Santísimo), o de modo solemnísimo (como en la procesión del Corpus Christi).

En nuestro retiro, vamos a pedir al Señor que sea Él mismo quien ilumine nuestra mente para “comprender lo incomprensible” y mueva nuestra voluntad para que se adhiera con más intensidad aún a lo que Él nos enseña; y así crecer en fe y en amor hacia Él.

Para ello, sigamos ahondando en lo que es la presencia de Cristo en la Eucaristía, poniéndola en contraste y comparándola con otras presencias suyas. Como nos recordó el Concilio Vaticano II en la Constitución sobre la Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, número 7, Jesucristo está presente:

- En su Palabra: Cristo nos habla cuando se nos anuncia su Evangelio.
- En sus Sacramentos: la fuerza salvadora de Cristo actúa en ellos y nos santifica.
- En sus ministros: el presbítero actúa en la persona de Cristo.
- Cuando dos o más se reúnen como nosotros ahora: *Donde dos o más se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18).
- En el pobre: Lo que hicisteis –o no hicisteis– con uno de éstos, a mí me lo hicisteis –o dejasteis de hacérmelo– (cfr. Mt 25)

Son presencias verdaderas, no metafóricas. Es doctrina de la Iglesia, recordada en nuestros días por el Concilio Vaticano II (SC 7), y la encíclica *Mysterium Fidei* de Pablo VI, y por Juan Pablo II en *Ecclésia de Eucharistia*.

Pero sólo en la Eucaristía se hace presente de modo sustancial la misma Persona de Cristo: ‘*Esto es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre*’. Por eso es tan grande este Sacramento. Por eso es tan incomparable. Por eso todo brota de Él y todo confluye en Él. Por eso la vida de un cristiano tiene que girar en torno a la Eucaristía.

Porque en la Eucaristía está presente la Persona de Cristo, no una idea. Y una Persona que está viva, no muerta. Cristo no es una figura que nos dio un ejemplo maravilloso pero que se evaporó. Jesucristo vive, está junto al Padre, ofreciéndose e intercediendo continuamente por nosotros, por eso puede hacerse presente, y de hecho se hace, por su ministro.

Para la reflexión:

- ¿Qué destaco del texto de la Exhortación?
- Medito este párrafo: El punto de partida y el punto esencial de toda la excelencia de la Eucaristía es que contiene a Cristo mismo en Persona de modo sustancial: “Esto es mi Cuerpo”, “Ésta es mi Sangre”. Es decir: “Éste soy YO en Persona”. La Eucaristía es un prodigo tan singular y único que nos permite tener acceso al mismo Resucitado y confesar que el Señor no es una figura histórica maravillosa que vivió unos años en nuestra tierra y dijo e hizo cosas maravillosas, sino que es una Persona actual y viva, con la que podemos relacionarnos y entrar en plena comunión personal.
- ¿He pensado alguna vez en las diferentes presencias verdaderas de Cristo: en su Palabra, en los Sacramentos, en el presbítero, cuando dos o más se reúnen en su nombre, en los pobres? ¿Descubro ahí su presencia? ¿Qué lo favorece y qué lo dificulta?
- ¿Entiendo la diferencia entre estas presencias verdaderas y la presencia sustancial de Cristo en la Eucaristía?

ACTUAR:

Las personas vivas ven, oyen, escuchan, responden, piden, dan. Nosotros estamos ahora mismo con Jesús vivo: Él nos ve, nos escucha, nos habla, responde a nuestras preguntas y a nuestras peticiones, aunque quizás no del modo que esperaríamos... Pero Él está aquí, tenemos la misma suerte que los Apóstoles, o que los que le acompañaban por los caminos de Galilea y se acercaban a Él para que les ayudara. Como ellos, nosotros estamos con Él. Y no hay nada comparable a esto.

Desde esa fe en su presencia, podemos dirigirnos a Él, y desde nuestra situación personal debemos hablarle desde el corazón, con nuestras palabras. Pero si nos faltan las palabras...

- Si estás enfermo en el alma, dile con el leproso: “Señor, siquieres, puedes limpiarme”.
- Si estás ciego y no ves, dile con Bartimeo: “Señor, que pueda ver”.
- Si titubeas en tus planteamientos o en tu vocación, dile como Pedro en Cafarnaún: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna”.
- Si tus hijos no llevan buen camino, dile con la mujer cananea: “Señor, socórreme”.
- Si has perdido a un miembro de tu familia, escúchale con Marta: “Tu hermano resucitará”.
- Si sientes que Dios te pide más, dile con el joven rico: “Señor, ¿qué me falta todavía?”
- Si te sientes poca cosa, si experimentas el peso de tus pecados, dile con el mismo arrepentimiento de Pedro: “Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero”.
- Si sientes que el Señor te llama a asumir algún compromiso evangelizador, dile con María: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

Pero nuestra fe en la presencia de Cristo en la Eucaristía nos ha de llevar también al agradecimiento: ¿Cómo no darle gracias, muchas gracias, por haberse quedado para siempre entre nosotros, por haber cumplido su Palabra: “No os dejaré huérfanos”, “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”? Démole gracias desde lo más profundo de nuestro corazón por habernos dado la posibilidad de estar a su lado.

Este agradecimiento ha de ser sincero y llevarnos al arrepentimiento y a los propósitos sinceros. Quizá visitamos poco a Jesús en el Sagrario; quizás pasamos por delante de alguna iglesia abierta y no entramos a hacer una visita. Hagámonos el firme propósito de sacar todos los días un par de minutos para ir al Sagrario que tengamos más cerca de casa o del lugar donde trabajamos.

Y como ser cristiano es ser apóstol, vamos a prometerle ahora al Señor que hablaremos de esto con otras personas. Esto nos puede dar reparo, pero tengamos fe y audacia.

Para la reflexión:

- Desde la fe en su presencia, podemos dirigirnos a Él, y desde nuestra situación personal debemos hablarle desde el corazón, con nuestras palabras. Pero si nos faltan las palabras...
 - Si estás enfermo en el alma, dile con el leproso: “Señor, siquieres, puedes limpiarme”.
 - Si estás ciego y no ves, dile con Bartimeo: “Señor, que pueda ver”.
 - Si titubeas en tus planteamientos o en tu vocación, dile como Pedro en Cafarnaún: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Sólo tú tienes palabras de vida eterna”.
 - Si tus hijos no llevan buen camino, dile con la mujer cananea: “Señor, socórreme”.
 - Si has perdido a un miembro de tu familia, escúchale con Marta: “Tu hermano resucitará”.
 - Si sientes que Dios te pide más, dile con el joven rico: “Señor, ¿qué me falta todavía?”
 - Si te sientes poca cosa, si experimentas el peso de tus pecados, dile con el mismo arrepentimiento de Pedro: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”.
 - Si sientes que el Señor te llama a asumir algún compromiso evangelizador, dile con María: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.
- También le expreso mi agradecimiento por haberme dado la posibilidad de estar a su lado.
- ¿Qué puedo hacer para aumentar mi fe en la presencia sustancial de Cristo en la Eucaristía?

ORACIÓN: Adoro Te devote:

Te adoro con devoción, Dios escondido,
oculto verdaderamente bajo estas apariencias
A Ti se somete mi corazón por completo,
y se rinde totalmente al contemplarte.

Al juzgar de Ti, se equivocan
la vista, el tacto, el gusto;
pero basta el oído para creer con firmeza;
creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios:
nada es más verdadero que esta Palabra de verdad.

En la Cruz se escondía sólo la Divinidad,
pero aquí se esconde también la Humanidad;
sin embargo, creo y confieso ambas cosas,
y pido lo que pidió aquel ladrón arrepentido.

No veo las llagas como las vio Tomás
pero confieso que eres mi Dios:
haz que yo crea más y más en Ti,
que en Ti espere y que te ame.

¡Memorial de la muerte del Señor!
Pan vivo que das vida al hombre:
concede a mi alma que de Ti viva
y que siempre saboree tu dulzura.

Señor Jesús, Pelícano bueno,
límpiate a mí, inmundo, con tu Sangre,
de la que una sola gota puede liberar
de todos los crímenes al mundo entero.

Jesús, a quien ahora veo oculto, te ruego,
que se cumpla lo que tanto ansío:
que al mirar tu rostro cara a cara,
sea yo feliz viendo tu gloria.

VER:

- ¿Conocía esta Encíclica de Juan Pablo II, la he leído? ¿Y otros documentos del Magisterio de la Iglesia? ¿Por qué?
- ¿Qué me sugiere el título “La Iglesia vive de la Eucaristía”? ¿Yo vivo de la Eucaristía?

JUZGAR: LA EUCHARISTÍA, MISTERIO DE FE

11: La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su pasado, pues todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos.

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y se realiza la obra de nuestra redención. Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don. Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega hasta el extremo (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.

15: La representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que, citando las palabras de Pablo VI, se llama “real” no por exclusión, como si las otras presencias no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro. Se recuerda así la doctrina siempre válida del Concilio de Trento: «Por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo Señor nuestro, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su Sangre. Esta conversión, propia y convenientemente, fue llamada transustanciación por la Santa Iglesia Católica». Verdaderamente la Eucaristía es *mysterium fidei*, misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe, como a menudo nos recuerdan las catequesis patrísticas sobre este divino Sacramento. “No veas –exhorta San Cirilo de Jerusalén– en el pan y en el vino meros y naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su Cuerpo y su Sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa”.

“Adoro Te devote, latens Deitas”, seguiremos cantando con el Doctor Angélico. Ante este misterio de amor, la razón humana experimenta toda su limitación. Se comprende cómo, a lo largo de los siglos, esta verdad haya obligado a la teología a hacer arduos esfuerzos para entenderla. Son esfuerzos loables, tanto más útiles y penetrantes cuanto mejor consiguen conjugar el ejercicio crítico del pensamiento con la “fe vivida” de la Iglesia, percibida especialmente en el carisma de la verdad del Magisterio y en la comprensión interna de los misterios, a la que llegan sobre todo los santos. La línea fronteriza es la señalada por Pablo VI: «Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están realmente delante de nosotros».

Para la reflexión:

- ¿Qué destaco del texto de la Exhortación?
- Medito este párrafo: El punto de partida y el punto esencial de toda la excelencia de la Eucaristía es que contiene a Cristo mismo en Persona de modo sustancial: “Esto es mi Cuerpo”, “Ésta es mi Sangre”. Es decir: “Éste soy YO en Persona”. La Eucaristía es un prodigo tan singular y único que nos permite tener acceso al mismo Resucitado y confesar que el Señor no es una figura histórica maravillosa que vivió unos años en nuestra tierra y dijo e hizo cosas maravillosas, sino que es una Persona actual y viva, con la que podemos relacionarnos y entrar en plena comunión personal.
- ¿He pensado alguna vez en las diferentes presencias verdaderas de Cristo en su Palabra, en los Sacramentos, en el presbítero, cuando dos o más se reúnen en su nombre, en los pobres? ¿Descubro ahí su presencia? ¿Qué lo favorece y qué lo dificulta? ¿Entiendo la diferencia entre estas presencias verdaderas y la presencia sustancial de Cristo en la Eucaristía?

ACTUAR:

- Desde la fe en su presencia, podemos dirigirnos a Él, y desde nuestra situación personal debemos hablarle desde el corazón, con nuestras palabras. Pero si nos faltan las palabras...
 - Si estás enfermo en el alma, dile con el leproso: “Señor, si quieres, puedes limpiarme”.
 - Si estás ciego y no ves, dile con Bartimeo: “Señor, que pueda ver”.
 - Si titubeas en tus planteamientos o en tu vocación, dile como Pedro en Cafarnaún: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Sólo tú tienes palabras de vida eterna”.
 - Si tus hijos no llevan buen camino, dile con la mujer cananea: “Señor, socórreme”.
 - Si has perdido a un miembro de tu familia, escúchale con Marta: “Tu hermano resucitará”.
 - Si sientes que Dios te pide más, dile con el joven rico: “Señor, ¿qué me falta todavía?”
 - Si te sientes poca cosa, si experimentas el peso de tus pecados, dile con el mismo arrepentimiento de Pedro: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”.
 - Si sientes que el Señor te llama a asumir algún compromiso evangelizador, dile con María: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.
- También le expreso mi agradecimiento por haberme dado la posibilidad de estar a su lado.
- ¿Qué puedo hacer para aumentar mi fe en la presencia sustancial de Cristo en la Eucaristía?

ORACIÓN: Adoro Te devote:

Te adoro con devoción, Dios escondido,
oculto verdaderamente bajo estas apariencias
A Ti se somete mi corazón por completo,
y se rinde totalmente al contemplarte.

Al juzgar de Ti, se equivocan
la vista, el tacto, el gusto;
pero basta el oído para creer con firmeza;
creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios:
nada es más verdadero que esta Palabra de verdad.

En la Cruz se escondía sólo la Divinidad,
pero aquí se esconde también la Humanidad;
sin embargo, creo y confieso ambas cosas,
y pido lo que pidió aquel ladrón arrepentido.

No veo las llagas como las vio Tomás
pero confieso que eres mi Dios:

haz que yo crea más y más en Ti,
que en Ti espere y que te ame.

¡Memorial de la muerte del Señor!
Pan vivo que das vida al hombre:
concede a mi alma que de Ti viva
y que siempre saboree tu dulzura.

Señor Jesús, Pelícano bueno,
límpiate a mí, inmundo, con tu Sangre,
de la que una sola gota puede liberar
de todos los crímenes al mundo entero.

Jesús, a quien ahora veo oculto, te ruego,
que se cumpla lo que tanto ansío:
que al mirar tu rostro cara a cara,
sea yo feliz viendo tu gloria.